

Las víctimas de la democracia panameña

► Siete crímenes de Estado. Siete familias destruidas. Changuinola, San Félix y Colón: relato del dolor que perdura. La tragedia de morir a manos del gobierno

COLÓN Y LA LEY 72

‘No te recuperas de la muerte de un hijo’

Una madre que no se acostumbra a la ausencia del hijo asesinado durante la represión, junto a Yara y Jim. Familias que piden justicia



Foto: Edwin González | La Estrella

DESPEDIDAS. El ciclo de la vida-muerte acelerado por la violencia de Estado es llorado amargamente por quienes vivieron la tragedia en primera persona.

La democracia panameña ha perdido la inocencia. A punta de muertos. Josué Patricio Betancourt ha dejado un gran vacío. La muerte violenta cortó sus gritos y su mamá aún llora cuando recuerda el bullicio de “Pelón”, como le decían al niño de 10 años. Vive en llanto esta madre. Un llanto que generaron las decisiones políticas y policiales. Lloro y no puede parar. Dice que se arrepiente de los regañones al pequeño porque ahora el silencio agobia. No hay nada que la calme: “No te recuperas nunca de la muerte de un hijo”, dice. Quisiera volver el tiempo atrás, hasta ese viernes 19 de octubre, cuando “Pelón” curioseaba afuera las protestas por defender la Zona Libre de Colón de la venta que había impuesto el presidente Martinelli. Desde ese día sólo piensa en encontrarlo. Ella nunca imaginó que la policía dispararía.

Cuando la represión tomó forma y comenzaron a escucharse los disparos, “Pelón” corrió. Empezó el fuego, “Pelón” intentó entrar a



Foto: Cortesía

YAMILETH. Cayó en el fuego cruzado. Dejó tres hijas.

casa. 10 segundos más y no hubiese pasado nada. La historia sería otra. Pero no alcanzó, en la huida recibió un disparo en el costado que testigos y familiares no dudan en asegurar que salió de un arma de la policía. El niño cayó en el jardín de su casa. El ciclo de la vida-muerte acelerado por la violencia. Su muerte la lloró todo el país. Sin embargo, mientras todos, en un sentido, ya lo olvidamos para hablar de los nuevos mártires de la inundación, la madre no. Para ella la tragedia sigue y seguirá: nadie nunca —dicen— se recupera totalmente de la muerte de un hijo. La indignación crece, porque lo mató el go-



Foto: Cortesía

MADRE. Con la foto de José Betancourt, “Pelón”, de 10 años.

bierno, lo mató Panamá, nuestra democracia. El niño mártir de Colón lo llamaron todos en su despedida. Aunque era de La Chorrera.

Cuatro días después Jim Dixon Andreve salió de casa de su tía. Se había guarecido allí de las trifulcas. Esperó que las cosas se calmaran un poco para caminar las cuatro cuadras hasta su casa. Fladse, su sobrino, cierra los ojos al recordarlo. No puede ni dormir porque entre sueños lo persigue el sonido y la imagen de su tío, —“tremendo tío”— dice y ríe. Al final, llora. Su tío cayendo al suelo, el aroma fresco y perturbador de la sangre. La mirada enturbiada por las lágrimas de

este joven es una postal del terror. “La bala lo alcanzó pasando la calle”, dice Fladse con la mirada perdida. “Podría haber sido yo”, culmina no sin llanto.

A pocas cuadras de su casa la misma injusta sensación de que en Panamá la vida no vale nada. La misma tarde del 23 de octubre, Yara Itzel Navarro, una vendedora de la Zona Libre, cayó en el fuego cruzado de Colón. “Yamileth”, como le decían de cariño, tenía tres hijas y un esposo. Antonio Castro todavía parece aturrido, no logra volver a la senda de su vida. Tiene que hacerlo por sus hijas, se dice, pero no puede dejar de pensar en su mujer. “¿Y qué hago yo ahora sin ella?”, le pregunta a quien lo escuche. “Una bala en la cabeza *fren*, una bala me la mató”, se lamenta el viudo. Preguntas y lamentos que retumban en el silencio de la pequeña casa de la calle 6 con avenida Balboa. “Mi mami está en el cielo”, simplifica la chiquita de 4 años. Su dedito señalando las nubes da respuestas a todas las preguntas.



Foto: Cortesía | Orgun Wagua

HORROR. La represión policial fue una “carnicería humana”, decían los especialistas en Derechos Humanos que acudieron al área.

SAN FÉLIX Y LA LEY 415

‘Esto no tiene perdón de Dios’

En la comarca no olvidan los crímenes de Jerónimo y Mauricio

Nueve meses después, Adriana aún llora a Mauricio Méndez. “¡Me mataron a mi hijo, me lo mataron! ¡Él era un niño, devuélvanmelo!”, dice con la certeza de que Mauricio nunca volverá y que su vida siempre será este vacío que es ahora. Por más que repase lo que pasó la madrugada del martes 7 de febrero de 2012, Adriana no encuentra consuelo: “Yo le dije que tuviera cuidado, que los antimotines andaban hambrientos buscando a quién cazar”. Pero el chico quería salir, ver qué pasaba con la gente que estaba defendiendo la tierra de la voracidad de la minería, la hidroeléctrica y esa nueva ley que el gobierno de Martinelli acababa de sancionar. Besó a su mamá y se despidió. La foto del joven con el rostro destrozado recorrió las redes sociales. Tenía 16 años, pero su mentalidad era la de un niño. Por eso cuando empezaron a lanzar gases en lugar de correr, se escondió detrás del árbol donde el policía le disparó a quemarropa. “Era un muchacho que no se metía con nadie”, dice la madre y se interrumpe por el llanto.

¿Quién puede acostumbrarse al vacío que deja la ausencia de un hijo, un padre, un marido? Nadie, dice Fidelina, que recuerda el desembarco del Senafront en

San Félix para reprimir las protestas, la resistencia de los ngäbes, la energía de la juventud de su esposo, Jerónimo Rodríguez Tugrí, con esa convicción de que en lo propio se deja la vida. Y la dejó. El domingo 5 de febrero Jerónimo se levantó temprano, se despidió de Fidelina y le dijo que iba a luchar con sus compañeros. Tenía 19 años y no midió el alcance del Gobierno. Fue el primer muerto de aquel domingo negro. Otro número en las estadísticas que dejaron un lastre imposible de superar para las familias que viven un duelo permanente. Las vidas que se comió la represión en ese febrero. Senafront y Policía entraron armados a las casas, allanamientos ilegales, obligaron a niños, ancianas y mujeres con bebés a huir para no morir por asfixia. Corrían desesperadamente hasta resguardarse en la montaña. Allí esperaron. Abajo, en el cruce de San Félix, los perdigones atravesaban piel sin importar edad o género. Con la muerte de Jerónimo empezó la represión que dos días después cobraría la vida de Mauricio Méndez, el joven que murió sin rostro el 7 de febrero. Y aunque en el sermón de su despedida se habló de perdón, las palabras familiares son claras: esto no tiene perdón de Dios.

CHANGUINOLA Y LA LEY 30

‘¿Por qué tanta violencia con nosotros?’

Antonio Smith y Virgilio Castillo fueron los primeros mártires del cambio. ‘Piensan que con una casa arreglan todo’, critican

Antonio Smith creía en Martinelli y le decía a Catalina, su esposa: “Con este presidente las cosas van a cambiar”. Y cambiaron. Ahora la familia de Antonio y Catalina vive en una nueva casa que dio el Estado. Pero en esa casa ya no está él. “Me lo mataron”, dice la viuda. Antonio fue la pri-

mera víctima de la represión policial del actual gobierno. Murió por herida de proyectil el 8 de julio de 2010. Ya las lágrimas de su familia se secaron, pero el dolor permanece. El recuerdo del cuerpo herido envuelto en una hamaca no se diluye. Los perdigones policiales acabaron con su vida. An-

tonio no fue la única víctima. La familia de Virgilio Castillo también vive en una casa nueva, otorgada por el Estado. Los detalles de su muerte son escalofriantes: fue el 10 de julio en el puente de Changuinola. Lo vieron atado y herido, tirado en el suelo. Los policías le exigían caminar. Él no po-

día. Cayó. Lo patearon y le dispararon. Terribles violaciones a los Derechos Humanos más propias de una dictadura. “No me cabe en la cabeza, no me cabe en la cabeza”, gritaba desesperada su esposa. Virgilio dejó 4 hijos que no paran de preguntar por qué mataron a su papá. A veces lloran porque

Reparación de víctimas

► **BECAS DE \$20**
Los hijos de los muertos en Changuinola recibieron como indemnización bonos de estudio.

► **CASAS**
Nuevas viviendas. Nuevos otorgadas a las viudas. En Colón y San Félix aún no reciben nada. Ni Justicia.

“nunca nos quitarán de la memoria la agonía de su muerte”, dice la viuda. El recuerdo de su rostro hinchado por los golpes. La agonía se repite cada vez que piensa cómo serían los últimos minutos de Virgilio, cuánto dolor sufriría. “¿Por qué se ensañaron así?”, llora nuevamente. Las preguntas se diluyen en el tiempo y aún no hay respuestas. Solo la frustración de los sueños rotos y la indignación: nosotros votamos por Martinelli creyendo en un mejor futuro para Panamá y nos tiraron a matar.



Foto: Edwin González | La Estrella
INCONDICIONALES. Martinelli dotó a la Fuerza Pública de armamento y protección: no hay denuncia por DDHH que avance.



Las razones detrás del proceso de remilitarización

► Presupuestos millonarios, entrenamiento militar, represión e impunidad. “Para mantener el poder, necesitan un ejército”, analiza Carlos González De La Lastra

Mientras en Panamá todavía se discute si hay un proceso de remilitarización, fuera del país ya lo dan por hecho.

En el diario **El Tiempo** en Colombia informaron que policías panameños llevan un año recibiendo entrenamiento militar para aprender las tácticas empleadas por el Ejército colombiano. “Es entrenamiento policial”, dijo Mulino defendiendo a la Fuerza. Pero no: en la base Tolemaida, la más grande del ejército colombiano, sólo se da entrenamiento militar. Una flagrante violación a la Constitución panameña.

El gobierno prefiere tapar el sol con la mano y huir hacia adelante: “Las denuncias de la vuelta al militarismo las hacen grupos criminales”, salieron a decir. Lo cierto es que el proceso de remilitarización de la Fuerza Pública panameña ha ido a paso lento, pero seguro. Los primeros signos se dieron durante el quinquenio de Mireya Moscoso, con la millonaria compra de armamento para la Policía Nacional, que empujó el entonces director Carlos Barés. Habían pasado 10 años ya de la invasión y la fobia contra la institución armada co-



Foto: Archivo | La Estrella
TRASPASO. Julio Moltó está desde marzo en la Policía.



Foto: Didier Magallón | El Siglo
FICHA. Gustavo Pérez es parte del Ministerio de Gobierno.



Foto: Edwin González | La Estrella
MANDO. Frank Ábrego dirige el Senafront.

menzaba a diluirse. Con la llegada de Martín Torrijos al Palacio de las Garzas, los cambios en los estamentos de seguridad fueron mayores. Torrijos nombró a dos uniformados al frente de la Policía: Jaime Ruiz y Francisco Troya, y creó por decreto el Servicio Nacional de Fronteras (Senafront), el Servicio de Inteligencia y el Servicio Aeronaval. La polémica y las discusiones no se hicieron esperar. Sin embargo, no fue hasta la llegada de Martinelli que las sospechas sobre la remilitarización comenzaron a con-

firmarse. Invirtió más de 300 millones de dólares en material para los estamentos de Seguridad, les otorgó tres aumentos y a cambio recibió sumisión y lealtad. Su viceministro de Gobierno es el exdirector de la Policía -viejo norieguista- Gustavo Pérez. El proceso interno se vio fortalecido por el apoyo incondicional del Presidente, que eligió respaldar a la Fuerza Pública por sobre las denuncias de abuso y violaciones a los derechos fundamentales que denunció la sociedad civil. Mientras la policía se arma

hasta los dientes, la inseguridad sigue siendo uno de los principales problemas de la sociedad. La pregunta surge sola: ¿para qué la remilitarización del país?

Para el empresario Roberto Eisenmann, todo forma parte de un plan preconcebido por los Estados Unidos. “Ellos (EEUU) sienten que para controlar las drogas en Panamá hace falta un ejército y este gobierno ha seguido al pie de la letra sus planes”, plantea. El civilista opina que el problema “es que esa fuerza se usa contra el pueblo”, como ocurrió con la crisis en



En 3 años se han invertido más de \$300 millones en compras.

trataciones directas y los sobrecostos, es evidente que el presidente quiere mantener el poder y para eso necesita un ejército”.

El político advierte que tener un ejército en Panamá, además de ser ilegal, traerá como consecuencia que se produzca un rompimiento del orden constitucional del país. “Eso ya lo vivimos y sabemos cuáles son las consecuencias”.

Aurelio Barria, otro civilista, concuerda con que “las señales de la militarización del país son claras. El Senafront se ha convertido en las nuevas Fuerzas de Defensa”. Pero contrario a Eisenmann y González De La Lastra, Barria cree que podrían ser los militares quienes pretendan rebelarse al gobierno: “Los golpes de Estado casi siempre son militares y se dan contra gobiernos autoritarios como el nuestro”.

La preocupación por la remilitarización trascendió hasta las altas esferas del gobierno. La propia exdirectora de Aduanas, Gloria Moreno de López, renunció de forma irrevocable a su cargo, por no estar de acuerdo con “formar parte de un gobierno que está a favor de una vuelta al militarismo”



Foto: Archivo | La Estrella
POLÉMICA. En marzo, Mulino amenazó con irse del gobierno.

JOSÉ RAÚL MULINO

Un civilista con botas

En una sola firma se concentra el poder de todos los estamentos de seguridad. ¿Lección aprendida?

Cuando José Raúl Mulino fue dirigente de la Cruzada Civilista, a finales de la década de los 80, nadie podía siquiera imaginar que ese hombre pasaría a la historia, no por esa lucha, sino por lo opuesto: es el primer ministro de Seguridad de la democracia panameña que defiende a capa y espada el uso de la fuerza para reprimir ma-

nifestaciones civiles. Los muertos dejan constancia del uso de munición letal. Mulino, a pesar de las evidencias, lo sigue negando. En los círculos políticos nadie duda que Mulino ha logrado lo que ninguno de sus antecesores ha podido: convertirse en el único interlocutor entre la Fuerza Pública y el Presidente. Ni Arnulfo Escalona ni el ex militar Daniel

Delgado Diamante habían podido lograr lo que el civilista Mulino. Barés hablaba sólo con Mireya y Mirones tenía acceso directo a Torrijos. Mulino quebró la norma y ganó poder cuando, al borde del *ko*, logró sacar a Gustavo Pérez. Entonces se convirtió en el hombre fuerte de la Seguridad Pública, el mayor defensor de la Policía Nacional. Hasta el Servicio Nacional

de Fronteras (Senafront), que está bajo los órdenes del comisionado Frank Ábrego, sufre su influjo. El Senafront tiene a los hombres mejor armados del país. Ábrego y Mulino han compaginado a la perfección. El ministro promueve el fortalecimiento de esas tropas y Ábrego devuelve gentilezas colaborando en la represión social.

Las parábolas de la historia pusieron a un defensor de los Derechos Humanos al frente de las represiones más sangrientas que ha vivido la democracia panameña. Un civilista con botas que niega todo y se regodea en su poder: Mulino dice que en Panamá no hay ejército sino una policía con disciplina, aunque manda a sus hom-

bres a estudiar a escuelas militares extranjeras. Mulino dice que no se usan armas letales en protestas a pesar de las fotos publicadas por los medios y los siete cadáveres. Mulino dice que el Senafront no reprime, pero hay víctimas en San Félix que fueron baleadas con munición de plomo desde helicópteros de los fronterizos. Mulino dice que no hay corrupción en la compra de armas y equipo aunque lo desmientan desde Italia. Es el ministro más polémico del gabinete de Martinelli y, a contrapelo de su propia historia, apuesta fuerte por aumentar el pie de fuerza en un país que, luego de 1989, pensaba que había aprendido de su historia.